

# Psicoanalistas migrando a la comunidad

*Niños, niñas y adolescentes en movimiento  
migratorio. Un padecer que no descansa*



DANIEL CASTILLO SOTO<sup>1</sup>, ELIANA PENNA<sup>2</sup>, GABRIELA POLLAK<sup>3</sup>,  
CON LA COLABORACIÓN DE VERÓNICA CARDOZO<sup>4</sup>

...lloré ese día. Lloré por la vida que me obligaban a dejar atrás...

Yousafzai, 2019, pp. 28-29

## ACERCA DE LOS PRIMEROS PASOS...

El proyecto en el que estamos insertos comienza a funcionar a inicios de 2023, tras un acuerdo de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) con el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), agencias que venían trabajando en conjunto en esta articulación socioclínica<sup>5</sup>. Trabajamos un primer año en un pequeño anexo que fue gestionado por el Municipio B, en el Palacio Peñarol, y desde 2024 estamos insertos en el

- 1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [danielcastillo.psyco.uy@gmail.com](mailto:danielcastillo.psyco.uy@gmail.com)
- 2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [delianapena@vera.com.uy](mailto:delianapena@vera.com.uy)
- 3 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [gpollaks@gmail.com](mailto:gpollaks@gmail.com)
- 4 Activista por los derechos de la movilidad humana. [v.cardozo.fernandez@gmail.com](mailto:v.cardozo.fernandez@gmail.com)
- 5 Participamos del proyecto a lo largo de 2023-2024: Dra. Carmen Rodríguez (coordinadora, Unicef); Lic. Cecilia Lacaño y Verónica Cardozo (Área Social, Organización Internacional para las Migraciones), así como los psicoanalistas Daniel Castillo, Eliana Pena, Gabriela Pollak, Andrina Ongay, Bettiana Martello, Leonor Oncina (Asociación Psicoanalítica del Uruguay).

Centro de Referencia para Personas Migrantes, sito en la Ciudad Vieja de nuestro Montevideo.

Casa del Migrante, casa particular, antiguo banco, con un subsuelo digno de ser recorrido, desde una caja fuerte que ahora lleva el nombre de depósito, hasta zonas muy remozadas, conviviendo con salas aún en obra. Casa que nos inquieta, la recorreremos y nos resuena como imagen alegórica de situaciones y psiquismos con los que nos encontramos en nuestra práctica: lo que cambia, lo que parece permanecer vacío, lo que se sigue transformando, lo que no hay recursos para seguir reciclando... Pensamos también en el valor simbólico que tiene para estas familias que han debido dejarlo todo atrás, ser recibidos en una casa articulada pensando en sus necesidades.

Con nuestra participación en este dispositivo, se busca fortalecer la inserción del psicoanálisis como terapéutica válida, necesaria y útil para generar cambio psíquico y llegar a la mayor cantidad de consultantes en poblaciones de niños, niñas y adolescentes migrantes en contexto de vulnerabilidad económica, social y subjetiva, aun en un formato que demanda una intervención breve y focalizada con los recursos propios de las psicoterapias psicoanalíticas, pero con la escucha y experiencia del psicoanalista intentando aportar su experiencia y conocimientos a esta situación.

Si bien nuestra inclusión en el mismo data de la fecha señalada, este proyecto ya se venía gestando con anterioridad. En Uruguay, desde el año 2020 se había realizado un acuerdo estratégico entre organizaciones que venían trabajando con infancias, adolescencias y migraciones, dadas las dificultades que se constataban en la inserción a la comunidad, desarrollo personal y familiar. Es así que se logra un acuerdo Unicef-Idas y vueltas-OIM para la atención de familias migrantes con niños, niñas y adolescentes a su cargo.

Ese equipo, con una amplia experiencia y conocimiento acumulado de trabajo en ONG, organismos internacionales y políticas públicas, capta que el apoyo, contención social y derivación oportuna hacia la población migrante no eran suficientes. Así se denota la relevancia y necesidad de intervenciones que tomaran en cuenta el padecer psíquico, acompañando cierta asistencia para la inserción en la realidad uruguaya.

Más allá del trabajo sostenido y comprometido para encontrar soluciones singulares a las dificultades planteadas, se percibían poco visibilizadas las dificultades afectivas que presentaban niños, niñas y adolescentes, que se sentían aislados, solos, lejos de sus ámbitos conocidos, de su familia ampliada y de su lugar de pertenencia natal. Priorizar la escucha de estos resultó primordial, dado que en el diagnóstico de situación se captaba la demanda de ser recibidos en la intimidad de un vínculo confiable y de relativa estabilidad.

Las urgencias propias de las familias que migran, apremiadas por resolver alimentación, vivienda, trabajo, documentación, dejan con frecuencia los «problemas de los niños» en un segundo plano; las «preocupaciones infantiles o adolescentes» quedan desatendidas o ignoradas. La experiencia migratoria, con el sufrimiento de desarraigo que supone y el destierro que implica, demanda enormes esfuerzos de acomodación e inserción en el nuevo marco que se les propone en el país de acogida, en este caso, Uruguay.

Tanto las compañeras del Área Social como los psicoanalistas fuimos convocados a llevar adelante intervenciones posibles, participando en el abordaje de esta población, cuyo sufrimiento parece no ser visto, ya que los niños son compelidos a adaptarse rápida y eficientemente, dado que sus familiares están muy sobrecargados también afectiva y físicamente en intentar establecerse y sobrevivir. Recibimos familias que se encuentran muy exigidas en la búsqueda de vivienda, trabajo, proyectos de inserción laboral y social, lo que no les permite vivir razonablemente bien, mucho menos detenerse a pensarse a sí mismos en profundidad. A su vez, como recién llegados, muchas veces se los hace sentir como intrusos sin el legítimo derecho de habitar nuestro país; así se incrementan las ansiedades persecutorias ante algunas reacciones xenófobas que dan cuenta de una gran hostilidad. Ante este panorama que puede resultar abrumador, resulta necesario un espacio de pausa, de escucha y de elaboración, tanto para las familias como para los niños y niñas, que son quienes resultan más afectados con estos cambios abruptos de los que muchas veces no son advertidos.

Es allí donde creemos que una intervención psicoanalítica en la comunidad con esta población tiene mucho que aportar.

## SOBRE LAS MIGRACIONES Y SU IMPACTO EN EL PSIQUISMO

Se ha comentado que la migración es una experiencia vital que supone un proceso profundo de cambios y pérdidas que implica mucho más que solo mudarse de país o trasladarse de un lugar a otro, ya que conlleva diferentes duelos a enfrentar y la exigencia que para el psiquismo implica el insertarse en un contexto sociocultural diferente. Podríamos decir que resulta en una experiencia potencialmente enriquecedora, pero siempre perturbadora en mayor o menor medida, aun cuando las causas que lo motiven impliquen una elección (conscientemente) voluntaria de la persona que emigra. En términos generales, implica una experiencia que pone a prueba las defensas para enfrentar una pérdida y hacerse cargo de una nueva realidad. La fortaleza psíquica, los recursos yoicos y la capacidad de adaptación quedarán profundamente interpelados durante, al menos, un tiempo.

Inevitablemente, metabolizar el impacto de la experiencia conllevará a mediano y largo plazo cambios transitorios o permanentes en el psiquismo (Carlisky y Kijak, 1993). Mientras tanto, la incertidumbre creada por la pérdida de referentes previos podría colocar al sujeto en situaciones de tipo regresivo (Nicolussi, 1996) en las cuales la capacidad de integración del yo resulta importante para poder superar las frustraciones, el aislamiento, la soledad y la nostalgia, además de todas las incertidumbres por enfrentar (Castillo, 21 de septiembre de 2022). Lo regresivo justamente puede llevar a que la persona busque a su alrededor, desde un estado de indefensión, figuras que lo protejan, lo defiendan, le enseñen y lo quieran (Nicolussi, 1996). Si la realidad externa resulta desconocida y se vive de modo hostil, y sobre todo si se vive desde el aislamiento, puede llevar a la aparición de conductas manifiestas que evidencian una movilización y una conflictiva interior importante, producto de la pérdida de múltiples objetos que eran antes referentes.

Por otra parte, sabemos que las migraciones son parte de la historia de la humanidad; pareciera que una movilidad constante es inherente a la especie, las vemos en aumento y ligadas muchas veces a sufrimientos inenarrables. Podríamos decir que se trata de un fenómeno universal,

del cual muchos países han podido dar cuenta durante su historia<sup>6</sup>, pero si bien toda migración conlleva pérdidas, una situación de movilidad humana en un contexto de gran carencia económica, así como de un importante riesgo psíquico, representa un desafío de mayor complejidad para todos. En estos casos, nos encontramos con procesos migratorios, en ocasiones, intempestivos, sin palabras. Desarraigos de ese lugar de origen que se abandona forzosamente; nadie abandona su tierra porque sí. Tránsitos que hacen más vulnerables los caminos de subjetivación de niños, niñas y adolescentes. Como decíamos, pérdida de referentes, también de redes de sostén y reconfiguraciones familiares forzadas.

Aunque en ocasiones el migrante logra pensar con anterioridad sobre aquello que le depara y se pregunta «¿Seré bien recibido? ¿Conseguiré un empleo? ¿Podré sostenerme estando allá? ¿Lograré desempeñarme en mi área de trabajo? ¿Realmente me sentiré a gusto?», cuando hablamos de una migración en contexto de alta vulnerabilidad, la urgencia por la salida muchas veces intempestiva no da lugar a la posibilidad de planificación. Los riesgos inherentes a trayectos de extrema peligrosidad se entrelazan profundamente con la imperiosa necesidad de supervivencia. Caminos marcados por la incertidumbre y el peligro constante exigen una vigilancia permanente y una angustia insoslayable. La travesía por tales rutas no solo pone a prueba la resistencia física, sino también la fortaleza psíquica, ya que cada paso puede ser decisivo en la lucha por la vida. Es así que el recurso defensivo de la desmentida de estos riesgos aparece como uno de los pocos mecanismos con los que se cuenta para lidiar con la situación, la posibilidad de pensar surge –en el mejor de los casos– mucho tiempo después.

Es que en numerosas circunstancias, la realidad resulta bastante más compleja de lo que había sido imaginada y, en medio de este contexto y la imposibilidad de tolerar la frustración, en conjunto con el hecho de no contar con suficientes recursos ni económicos ni emocionales para lidiar

6 En cifras de la OIM (1 de octubre de 2023), según la estimación más reciente, en 2020 había en el mundo aproximadamente 281 millones de migrantes internacionales, una cifra equivalente al 3,6% de la población mundial y una tendencia en aumento, superior en 128 millones de personas a la cifra de 1990 y que triplica ampliamente la de 1970.

con la decisión tomada, surge, casi como un pasaje al acto, el retorno al lugar del que partieron o la *errancia*. En este segundo caso, se emprende la búsqueda de un nuevo destino idealizado, como si una nueva oportunidad permitiese el encuentro de condiciones de vida más favorables, que son siempre desconocidas. Así, un transitar permanente con el sufrimiento que este conlleva acompaña a grupos familiares enteros (Castillo *et al.*, 2023).

Silvia Bleichmar (2003) ha señalado que cuando la vivencia interna ante una situación adquiere carácter traumático, como vemos que pasa en algunos migrantes, su impacto en mayor o menor medida podría llegar a poner en riesgo dos grandes aspectos de la función del yo: la autopreservación y la autoconservación. Siendo así, y entendiendo el yo como el encargado de la organización defensiva en relación con la autoconservación, lo traumático pone en riesgo la forma mediante la cual el yo se representa la conservación de la vida y sus riesgos; por su parte, la autopreservación refiere a las formas en que el yo se siente en riesgo en relación con los aspectos identificatorios que lo constituyen. Pensando en las infancias y adolescencias que recibimos, ambos aspectos podrían quedar en jaque ante la vivencia de un proceso migratorio que se da en plena etapa de estructuración del psiquismo (más temprana o más tardía), lo que hace que pueda ser vivido como una catástrofe.

Una vez emprendida la migración, se pasa a habitar un lugar nuevo del cual no se es originario, al cual tampoco se pertenece en ese momento y con el que no se siente ningún arraigo; lo que antes había sido deja de ser, y lo que puede ser en un futuro aún está lejos de serlo. En este punto solemos recibir a la mayoría de las familias con las que hemos tenido la oportunidad de trabajar; un buen número de ellos tiene poco tiempo de permanencia en el país y se encuentran atravesando duras condiciones que incluso les hacen cuestionarse si pueden sostener la decisión tomada. En otras ocasiones, se sostiene la ilusión de volver al país de origen, de reencontrar lo cotidiano que daba familiaridad, ilusión que generalmente cae y enfrenta a las familias a un doloroso trabajo de duelo. Si, ya de por sí, para el adulto implica un evento doloroso y un cambio de gran magnitud, resulta peor para los niños, niñas y adolescentes, quienes acusan gran parte del golpe y suelen vivir estas pérdidas, movimientos y readaptaciones desde un lugar de sufrimiento al cual quedan sujetos desde lo pasivo y que da

cuenta de la expresión más sintomática de las consecuencias migratorias, siendo que además se ven arrastrados por decisiones de las cuales no han sido partícipes. Así, por ejemplo, somos testigos de historias en duelo por la pérdida de una adolescencia no vivida, *la que iba a ser allá no será, y la que tendrán será otra*.

¿Qué respuestas podemos dar desde el psicoanálisis ante los retos que nos impone esta realidad? ¿Qué podemos ofrecer? ¿Cómo albergar al otro? Tal vez como analistas el recurso más valioso que hemos adquirido con nuestra formación tiene que ver con nuestra forma de pensar las realidades interiores e intersubjetivas, pero sobre todo con nuestra escucha. Para acoplarnos a la atención en un contexto de trabajo con la comunidad, fuera del consultorio y con tiempos acotados, debemos obligatoriamente modificar aspectos del encuadre, pero esto no implica que nuestra escucha, nuestro sostén, así como la capacidad de contención y de pensamiento no se encuentren al servicio de quienes demandan nuestra ayuda, por lo tanto, realizamos las modificaciones técnicas necesarias, intentando conservar nuestro método de trabajo.

Algo vivido como catastrófico lleva el sello de lo impensable, en realidad no porque no pueda llegar a ser pensado, sino porque hasta entonces ha sido muy complejo hacerle un lugar. El sujeto progresivamente deberá inscribirlo, hacerle un lugar donde no lo tiene (Berenstein, 2003), y para eso se hace necesario que también nosotros mismos, como analistas, nos pensemos desde una arista que implica formas no clásicas de intervención. Nos ocupa ir más allá del levantamiento de la represión y la interpretación de un sentido oculto, debiendo muchas veces dar sentidos, aportar simbolización de aquello que, viniendo desde fuera y encontrando un mundo interno en caos<sup>7</sup>, e interferido para organizar lo que ni siquiera llegan a ser representaciones, se ha hecho imposible de ser digerido, simbolizado, en efecto, pensado...

Nos guía la concepción de un psiquismo abierto, capaz de transformación, inconcluso. Freud (1937/1986a) nos dice sobre el final de su vida, si

7 Pensamos en un mundo interno en caos no como algo permanente, sino en la medida en la cual la persona se expone a una situación vital que activa ansiedades y defensas muy primarias.

bien referido a la inevitable inconclusión del análisis, pero a la vez dando cuenta de su concepción del psiquismo que «los procesos de la recomposición del yo continuarán de manera espontánea en el analizado y todas las ulteriores experiencias serán aprovechadas en el sentido que se acaba de adquirir» (p. 250). Por su parte, los Botella (1997) nos hablan de «procesos de reorganización espontáneos» (p. 190), «sentidos nuevamente adquiridos» (p. 191).

Berezin (2003) plantea que los retos con los que nos enfrentamos implican tener que confrontar ideas que vienen desde hace más de cien años (refiriéndose al cuerpo teórico del psicoanálisis) con nuevas ideas de nuestro tiempo, en el cual nuestras herramientas cotidianas son interrogadas con dramatismo y urgencia. Nos dice que «los analistas enfrentamos a veces el desafío de ampliar las fronteras de lo analizable, de extenderlas, de inventar otros modos de abordaje, de avanzar por desfiladeros en los que no se trata solo de trabajar la represión y el inconsciente» (p. 19). Para evitar que el cuidado de la técnica haga resistencia a nuestro método, no podemos quedarnos sujetos a una posición que impida la creatividad nuestra y de cada proceso singular «que puede encuadrarse de muchos modos, según las posibilidades individuales y sociales de cada contexto y de cada sujeto» (p. 25).

Claro está, no se trata de una tarea fácil, nos interpela constantemente, nos toca en lo personal y en las historias de cada uno, invitándonos a una revisión permanente de nuestra contratransferencia e incluso nos hace preguntarnos por los posibles efectos que podamos conseguir. ¿Realmente alcanza lo que podemos dar de nosotros?

#### DE NUESTRAS INTERVENCIONES PSICOANALÍTICAS Y EL ACOMPAÑAMIENTO SOCIAL

En el programa conjunto que llevamos adelante psicoanalistas de APU con Unicef y OIM recibimos a los niños o adolescentes y sus familias, trabajamos con ellos dieciséis sesiones en promedio y aspiramos a producir algún efecto, dejar abierta la puerta para cambios, por más pequeños que sean, ayudar a que puedan encontrarse nuevas formas de habitar la vida. Escuchamos, señalamos, interpretamos, construimos si hay espacio para ello, intentamos dibujar significaciones, jugamos si es necesario, a



veces en nuestra silla, a veces en el piso con los niños, siempre teniendo en cuenta el vínculo transferencial como base de la tarea desempeñada. En ocasiones, las modificaciones se hacen evidentes, e incluso en el grupo (puesto que nuestro trabajo sería imposible sin las compañeras del área social) nos invade una profunda alegría y la sensación de gratitud, no solo la que sentimos de parte de quienes son atendidos, sino también la propia por lo logrado con nuestro trabajo, teniendo en cuenta que, al hacernos cargo de esta labor con niños y adolescentes, también lo hacemos con su entorno y familia, por lo que los beneficiarios de la intervención se multiplican geométricamente. En oportunidades, el tiempo se nos hace insuficiente y debemos ajustar la frecuencia o prolongar las intervenciones. Otras tantas veces las ausencias, las errancias, el abandono del tratamiento y hasta la partida intempestiva del país para proseguir trayectos inciertos nos hacen cuestionarnos sobre nuestra posibilidad de realmente propiciar algo diferente y nos llenan de frustraciones. No pocas veces, inclusive, nos ha tocado construir el lugar de «la despedida» cuando esta ni siquiera tiene un espacio en el psiquismo, pues la salida parece repetir patrones fuertemente instalados, en los que la huida y el secreto forman parte de lo esencial para sobrevivir. Sin embargo, lo intentamos e insistimos en ello...

En general, pero no solamente, nos hemos encontrado con que migran a Uruguay traídos por sus familias, niños, niñas y adolescentes provenientes de países latinoamericanos, principalmente de Venezuela y Cuba, pero también de República Dominicana, Perú, Colombia, Ecuador y Argentina, y algunos casos de Brasil. También hemos trabajado con niños de otras procedencias, como Sudáfrica, Camerún y Nigeria, chicos que fueron atendidos en inglés y francés por ni siquiera conocer nuestra lengua, aspecto que dificulta aun más las posibilidades de ser integrados social y educativamente en nuestro país.

Como mencionamos al hablar previamente de la *errancia*, muchas veces el periplo migratorio toca varios de estos países donde las familias llegan, se instalan, comienzan a adaptarse y poco tiempo después nuevamente el desarraigo se impone en la escena, se despojan de lo logrado, llevan consigo lo poco que logran trasladar fácilmente, y comienzan una nueva travesía. El impacto en los jovencitos y pequeños es muy angustiante; por lo general, siendo los adultos los que resuelven, ni siquiera

son informados con la suficiente antelación para duelar lo que perderán, despedirse de compañeros y educadores, de sus inserciones e instituciones de pertenencia, para lanzarse a un camino lleno de riesgos, en el que los padres están muy asustados por el desconocimiento de hacia dónde se dirigen y si lograrán un mejor porvenir.

Como Edipo, el eterno errante, exiliado desde la temprana niñez, la extranjería renueva aquel sentimiento de no formar parte, de no ser de allá ni ser de acá (Cabral 1970/1971), de sentirse y ser diferente, y exige mecanismos defensivos en niños-adolescentes, ya que es atacado el *sentimiento de continuidad existencial* del que hablara D. W. Winnicott (1956/1974, p. 409). En los niños<sup>8</sup> y adolescentes encontramos que la migración influye de modo más determinante, dado que se encuentran en pleno proceso evolutivo y tienen problemáticas que se sobreagregan a las esperables para su momento de estructuración psíquica, y frente a los cambios tan radicales, traslucen signos, señales y síntomas.

Así, por ejemplo, recibimos a una niña de siete años, encantadora y seductora, pero con un sufrimiento a flor de piel, que da cuenta del duelo por su segunda migración. Así la encontramos llorando por el auto que se vendió, la casa que abandonó, la escuela y maestra que dejó atrás en Brasil, adonde había llegado años atrás siendo pequeñita. Habiendo arribado a Uruguay hace pocos meses, encuentra un entorno hostil en su escuela y una vivienda en donde el cúmulo de personas –toda su familia que se traslada junta, incluyendo diferentes generaciones y grados de parentesco– no da posibilidades para la intimidad necesaria en el encuentro con los sentires más hondos.

Estuvo complicado trasladarme a otro país. Yo crecí en Brasil desde que era pequeñita. Extraño a mis amigos. Tenía problemas para entenderme con la maestra por ser de Venezuela... y yo me porto mejor que todos... Mis amigos me hacen sentir mal... Me sacan a un lado. Les prestan más atención a otros niños y me quedo sola [llora, desconsolada].

8 Utilizamos a lo largo de este trabajo, en algunas ocasiones, la denominación *niños* sin discriminar género ni edad, con fines de una lectura más fluida.

Se trata de un padecer que en ocasiones no descansa, que, de ser bien entendido, interpretado y significado, puede abrir las puertas para un trabajo enriquecedor en procesos de simbolización cada vez más amplios, en la búsqueda de una adaptación activa y lo más positiva posible a la nueva realidad. Hay algunos casos en los que, siendo Uruguay un país de paso, el equipo logra acompañar procesos migratorios que recalcan temporalmente en nuestro país como inestables anclajes para «seguir camino». Intentamos allí contener y significar angustias o, como decíamos, habilitar despedidas que nunca han podido tener lugar. Si estos aspectos no son dimensionados, no se da la oportunidad a niños y adolescentes para que testimonien sobre su propia experiencia de migrar, simbolizando, transmitiendo, dando testimonio, comprendiéndolo.

Es un gran desafío para los psicoanalistas salir de nuestros consultorios confortables y reservados para incorporarnos al trabajo interdisciplinario. Es ineludible proponer cambios en el encuadre para acercarnos a poblaciones que difícilmente tienen acceso a una aproximación psicoanalítica. Se agrega al desafío el hecho de que, cuando las intervenciones no son a largo plazo o se asocian al trabajo en comunidad y áreas interdisciplinarias, se suscitan interrogantes acerca de la «identidad psicoanalítica» de la propuesta, se interpela acerca de su pertinencia, en qué condiciones y qué posibilidades de cambio psíquico, en efecto, acontecen.

Los psicoanalistas buscamos escuchar la singularidad de la experiencia migratoria. Buscamos albergar a ese sujeto sufriente, tratando de transformar en relato tolerable lo vivido como inenarrable, habilitando el surgimiento y circulación de nuevas conexiones, de nuevas significaciones, nunca acabadas. A su vez, la intervención social (ya que lo social está en el sujeto y el sujeto está en lo social) acompañando la intervención psicoanalítica logra en un breve lapso generar cierto grado de cambio psíquico que permite una mayor y mejor inserción de niños y adolescentes en el ámbito uruguayo, en la medida en que contribuye a mejoras puntuales en el mundo externo de estos niños y adolescentes que también facilitan estos nuevos tránsitos.

Es así que estos tratamientos psicoterapéuticos, breves, focalizados, pero llevados a cabo por psicoanalistas, se acompañan de un trabajo mano a mano con el equipo social, lo que nos ofrece la posibilidad de generar

conocimiento valioso en dos grandes dimensiones: una, acerca de la singularidad del sufrimiento psíquico propio de la migración en niños y adolescentes, y otra, en torno a las posibilidades de acción en nuestro medio, intermediando el trabajo en las instituciones y en la sociedad.

Un adolescente de quince años, inserto en el liceo, con novia, con una vida familiar abundante, dice en su primer encuentro:

Antes quería venir para saber qué me pasaba, pero ahora me siento mal en serio, y no tengo ganas de hacer mucho. Nací en Maracay, Venezuela. Diez años en Venezuela, después, a los diez, once, estaba en Uruguay. Pasé la mitad de mi vida sin tener internet, ahora tengo internet. Igual estoy triste. No me gusta salir, pero quiero salir como salía antes, porque cuando juego me olvido de los pensamientos y me centro más en el juego. Siento dolor en el pecho y en la panza. Le tengo miedo a las sombras... También intenté cortarme...

La angustia puesta en el cuerpo, en la retracción e inhibición en los vínculos, dado que algo de la internalización cultural parece no terminar de lograrse en los episodios de extrañamiento identitario que conllevan una ansiedad catastrófica (Vispo y Podruzny, 2002). Un adolescente que da cuenta de su pesar y angustia, siendo su pregunta si no es autista, que a su vez emprende un proceso breve, pero pleno de sentidos a reelaborar.

Nos preguntamos e intentamos encontrar en las historias narradas por qué las migraciones son distintas. Tratamos de comprender si dependen de la idiosincrasia de los países de origen, si dependen de la planificación con que se piensa anticipadamente la travesía, ¿por qué algunas parecen más afortunadas y vividas placenteramente, mientras que otras viven situaciones de peligro extremo, altamente angustiosas, a la vez que parecen una tortura constante casi como un castigo por el destierro? Solo lo narrado en las vivencias más íntimas de quienes viven estas experiencias nos habilita a sacar algunas inferencias. Captamos lo singular de cada situación, aunque a veces, dada la procedencia, encontramos algunas invariantes.

También el azar, la suerte que corren en la travesía es un elemento difícil de globalizar. Cada historia es individual y particular, cada dolor, como la sombra, resulta extremadamente singular.

Una adolescente de trece años, venezolana, inserta en el liceo, nos dice: «los adultos dejan todo lo que conocen. Yo soy adolescente y dejo todo lo que pudo haber sido. No lloramos solo porque estamos afuera, lloramos porque es posible que no volvamos». El dolor de la extranjería, del desarraigo, de lo dejado atrás pero también de lo que aún no ha sido vivido allí, de aquella forma y en aquel lugar. La exigencia para el psiquismo es de un trabajo de duelo más –¡cuando de tantos duelos se trata la adolescencia!– para intentar insertarse en un contexto sociocultural que vivencia como tan diferente. Sufrimiento que pudo ir siendo puesto en palabras, que estaba también en su dificultad para vincularse con sus pares, no así con adultos, con los que lograba un funcionamiento operativo. A lo largo de algunos meses de trabajo, se fueron generando algunos cambios y sus vínculos pudieron ir tejiéndose también con sus pares, enriqueciéndose; y el no ser ni de aquí ni de allá pudo teñirse con algo del ser de aquí y de allá. Esta adolescente, de ricos recursos internos, persistía en nuestros primeros encuentros en que ella siempre iba a decir *chamo* (expresión utilizada en su país de origen para referirse a jóvenes, *chiquilines*, en un intento de no perder sus raíces), pero luego comenzó a alternar esa expresión con algunas propias de nuestro país, el país de acogida. Se verá sorprendida cuando, tiempo más adelante, la analista le señale que también está utilizando el *tá* (propio del «ser uruguayo») cuando habla.

Muchos de los adolescentes migrantes que llegan a nuestro programa han venido a Uruguay como parte de un proceso de reunificación familiar, luego de que su madre o padre llegara al país. Esta revinculación del adolescente con su madre o padre, y también con parejas de estos y hermanos que no conocían, no es sencilla. La migración adolescente en estas situaciones no suele ser voluntaria; en su país de origen dejan amigos, novios o novias, referentes adultos que los han criado los últimos años. Esa decisión adulta de la migración adolescente puede deberse a varias razones: pensando qué será mejor para su futuro o bien porque los adultos referentes en el país de origen ya no pueden hacerse cargo, en ocasiones también porque pareciera que es lo que hay que hacer (especialmente tratándose de las madres migrantes a quienes se las condena socialmente si no traen a sus hijos una vez establecidas), y en otros casos para que ayuden en los cuidados de sus hermanos menores aquí.

Así, una de las dinámicas familiares que identificamos con frecuencia es la que conforman las familias transnacionales. Muchos de los niños, niñas y adolescentes tienen a su madre, padre o hermanas y hermanos residiendo en otro país (en su país de origen o un tercer país).

Lo que es reconocido como familia o unidad familiar no es muchas veces la que conforma la unidad residencial; es común que convivan con personas que no son su familia (en pensiones o viviendas compartidas), y no con quienes identifican como parte de su unidad familiar:

los lazos familiares trascienden las viviendas y la coresidencia, y pueden ser de naturaleza transnacional cuando sus integrantes intercambian de manera constante recursos materiales, vínculos de afecto o incluso diversas formas de cuidado intrafamiliar, a pesar de no vivir en el mismo país (Hondagneu-Sotelo y Ávila, 1997; Huang, Liang, Song y Tao, 2018; Levitt, 2009; Levitt y Schiller, 2004; Mazzucato y Schans, 2011. (Fernández Soto *et al.*, 2020, p. 12)

En entrevistas de padres, hemos recibido comentarios acerca de que es poco considerado en nuestro entorno el desarraigo vivido y las dificultades en dejarse impregnar por impresiones y hasta idiomas diferentes. Es que a veces, en un gesto, los niños y adolescentes captan la «no pertenencia» o escasa bienvenida que reciben. También quienes llevan adelante las instituciones que reciben a los recién llegados sienten cierto desamparo a la hora de integrarlos, acompañar los movimientos de integración a grupos numerosos y ya constituidos, en donde se suma la complejidad de sostener subjetivamente a quienes se adicionan. Así, los avatares del movimiento migratorio y todo lo que el mismo implica lleva a manifestaciones de intolerancia y dificultades de inserción a las que se enfrentan grupos de niños y adolescentes.

A pesar de que Uruguay se maneja con un imaginario social de gran hospitalidad respecto de quien es diferente y extranjero, creemos que la propuesta de hospitalidad que manejan Derrida y Dufourmantelle (2000) es elocuente respecto de las vivencias de estas familias y sus niños.

Los autores nos hablan de hospitalidad desde un paradigma de lo complejo, en el que la hospitalidad, así como es apertura a lo desconocido, lo

extraño, lo diferente, es también repulsa de lo ajeno. En su calificación de «absoluta», es capaz de recibir al otro de un modo benévolo, lo cual habla de la capacidad de flexibilizar las propias limitaciones y abrirse a experimentar junto con el otro vivencias y emociones diferentes: recibir al extranjero sin limitaciones. Imagen ideal de la hospitalidad que no parece darse en general en las situaciones clínicas que escuchamos. Es así que, en contrapartida, Derrida distingue que la hospitalidad tiene otra cara, dado que en la mayoría de las situaciones se logra ser hospitalario siempre y cuando se cumplan ciertas leyes y condiciones que muchas veces no son ni siquiera formuladas, que forman parte de la idiosincrasia del país de acogida, y se exige que sean cumplidas y respetadas. Como ejemplo, un extranjero es compelido a identificarse y cumplir con ciertos requisitos para ser acogido. Esta sería una hospitalidad limitada y regulada por el Estado como contralor.

Así, Derrida introduce el concepto innovador, el de *hostipitalidad*, neologismo que combina *hospitalidad* y *hostilidad*. Condensa así en una palabra la tensión inherente al acto de recibir y aceptar al otro diferente, desconocido, que puede ser vivido tanto como un huésped bienvenido o como una posible amenaza a la identidad personal, del grupo y hasta nacional.

La exigencia de ajustar las subjetividades de los niños y sus familias a las instituciones y posibilidades de nuestro país aniquila la posibilidad de la alteridad identitaria del migrante en su singularidad subjetiva. Sin embargo, vemos cómo en ocasiones también hay un esfuerzo importante de las instituciones por fomentar una mayor integración, lo que puede ser tomado por estos niños con gran regocijo.

Tomando en cuenta esto, a la vez que la composición transnacional de la familia, tenemos como ejemplo a Grace<sup>9</sup>, de seis años, de origen dominicano, quien había sido criada por sus abuelos en su país de origen y es traída al país por la madre años después, donde encuentra una configuración familiar diferente, con hermanos nacidos en el país. Esta niña, que a su vez venía mostrando un importante rechazo a Uruguay y sus costumbres,

9 Nombre ficticio (todas las viñetas que hemos mencionado pertenecen a casos que contaron con el respectivo consentimiento informado al momento de comenzar el proceso de atención).

luego de varios meses de trabajo con su analista comenta, en referencia a un acto en su escuela celebrado por el Natalicio de Artigas, exultante:

GRACE: ¿Sabes que hoy tuvimos una fiesta en la escuela?

ANALISTA: ¿Sí? ¿Una fiesta?

G.: Era el cumple de Artigas, y me gustó mucho estar ahí.

A.: ¿Sí? ¿Qué te gustó?

G.: Todo, el ambiente, mis compañeros son buenos conmigo en la escuela y la maestra también. ¡Y yo pude participar!

A.: Parece que empiezas a ver cosas buenas de Uruguay también, ya no todo te parece malo.

G.: ¿Yo dije que era malo? Bueno, a lo mejor que sí [ríe]. Yo estaba muy brava. Pero ya no, ahora estoy más contenta que antes.

A.: Quizás en la medida que ves que te tratan bien, que puedes participar, y tú estás menos enojada con el vivir aquí, te das cuenta que también hay otras cosas que puedes disfrutar, que te gustan.

En esa sesión, Grace dibuja su escuela en la pizarra, acompañada de una bandera de Uruguay con un sol sonriente y el nombre del país. Además, bajo la bandera escribe la palabra *Dominicana*. Intervención psicoanalítica mediante, poco a poco Grace iba integrando ambos espacios en su afectividad. Se permitía ser más receptiva con su nuevo entorno y disfrutar de las actividades culturales patrias ofrecidas por la escuela en un feriado nacional, eso sí, sin dejar de lado su país de nacimiento. En este sentido, resulta habilitante también la actitud de las maestras y de la escuela en general, cuando se le permite participar sin que esto sea vivido por Grace como algo ajeno o violento, sino que, por el contrario, la emociona y parece serle de gran alegría.

Sin duda, la dependencia estructural de la alteridad nos amarra al otro. Recordemos a Freud en el *Proyecto de psicología* (1895/1986b), donde se lee: «un objeto como *este* es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir» (p. 376). Y en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921/1986c), en cuya introducción nos dice:



En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en ese sentido más lato, pero enteramente legítimo. (p. 67)

Intentamos en una escucha analítica no reducir lo particular y singular del otro a lo mismo, a lo extranjero a lo familiar conocido por esta sociedad que recibe, con la idiosincrasia que puede, al extranjero, y donde el psicoanalista, sociólogos y trabajadores sociales están insertos con estigmas e ideologías en consonancia con la cultura de su época, ya que con frecuencia se suele escuchar desde nuestros paradigmas, desde nuestras teorías e ideologías, y muchas veces sin poder cuestionarlas, paso tan importante para poder estar con el otro y con su padecimiento. En esta atención a lo ininteligible, si bien la alteridad principal es la del inconsciente, las representaciones culturales y subjetivas del otro inscrito en un marco referencial distinto, las diferencias étnicas o de género y las «vidas ininteligibles» ocupan una posición central. Intentamos con nuestra escucha remitirnos a las mutaciones antropológicas contemporáneas, no para minimizar una dimensión difícil de compartir, sino para adentrarnos junto con estos niños y adolescentes en un dolor por aquello perdido y nunca reencontrado, en sus historias, en las historias de los padres y de sus familias.

#### 2024 Y EN MÁS...

Este año nuestro proyecto, que había iniciado en 2023 en un modesto espacio del Palacio Peñarol, creció significativamente. Pudimos incluir en la dinámica de atención un grupo para madres y padres de niños y adolescentes migrantes, a la vez que intentamos el armado de un grupo de adolescentes<sup>10</sup>, aunque lamentablemente este último no logró el andamiaje requerido para poder sostenerse por parte de los mismos participantes. Hemos podido contar también de manera puntual con intervenciones de compañeros de APU que originalmente provienen del campo de la

10 Agradecemos la participación de nuestra compañera Ilana Luksenburg en estos esfuerzos.

psiquiatría, como una mirada complementaria y enriquecedora que es requerida en algunos casos con mayores complejidades, en los que la escucha y la palabra parecen no ser suficientes.

De cara al futuro, aspiramos a poder sostener este intercambio interinstitucional que ha permitido el armado de este dispositivo clínico y social, aunque los acuerdos, financiamientos necesarios y la inserción definitiva de programas como este en las políticas públicas de nuestro país no esté directamente en nuestras manos.

Freud en el Congreso de Budapest de 1918 instó a la conciencia moral de la sociedad de entonces, al recordar que

el pobre no tiene menos derechos a la terapia anímica que los que ya se les acuerdan en cirugía básica... se crearán entonces sanatorios o lugares de consulta a los que se asignarán médicos de formación psicoanalítica [...] estos tratamientos serán gratuitos. (Freud 1919 [1918]/1988, p. 162)

Idea fértil, plena de compromiso con el lazo social que desemboca en el Policlínico de Berlín algún tiempo después. También Anna Freud hace un intento de llevar el psicoanálisis a lo social, interviniendo en Viena, junto con Eva Rosenfeld y Dorothy Burlingham; pero ese trabajo fue olvidado quizás por ser tardío en la obra freudiana y dadas las migraciones a las que llevó la Segunda Guerra Mundial, las cuales produjeron que la labor comunitaria quedase exiliada de la institucionalidad psicoanalítica.

Desde nuestra pertenencia institucional y con nuestros conocimientos, apuntamos a los esfuerzos necesarios para visibilizar y atender las migraciones como parte de nuestra problemática social contemporánea, las cuales, lejos de disminuir, parecen apuntar a mantenerse y crecer, por lo que precisan encontrar los dispositivos de soporte necesarios para la mejor inserción posible, así como para la elaboración de lo traumático que traen consigo. En este sentido, insistimos en que es mucho lo que desde el psicoanálisis y el trabajo en comunidad podemos aportar... ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Berenstein, I. (2003). Los haceres y los espacios psíquicos. En D. Waisbrot, M. Wikinski, C. Rolfo, D. Slucki y S. Toporosi (comp.), *Clinica psicoanalítica ante las catástrofes sociales: La experiencia argentina*. Paidós.
- Berezin, A. (2003). Introducción. En A. Berezin (coord.), *13 variaciones sobre clínica psicoanalítica*. Siglo XXI.
- Bleichmar, S. (2003). Conceptualización de catástrofe social: Límites y encrucijadas. En D. Waisbrot, M. Wikinski, C. Rolfo, D. Slucki y S. Toporosi (comp.), *Clinica psicoanalítica ante las catástrofes sociales: La experiencia argentina*. Paidós.
- Botella, C. y Botella, S. (1997). *Más allá de la representación*. Promolibro.
- Cabral, F. (1971). No soy de aquí [canción]. En F. Cabral, *No soy de aquí ni soy de allá*. Odeón. (Trabajo original publicado en 1970).
- Carlisky, N. y Kijak, M. (1993). El efecto de la migración sobre la mente del analista. *Revista de Psicoanálisis*, 50(45), 827-837.
- Castillo, D. (21 de septiembre de 2022). *Ser, habitar, pertenecer: Transitoriedades e incertezas de la migración*. Presentación en Panel Inmigración y violencia social: Registro subjetivo, 34° Congreso Fepal: Transitoriedades e incertezas, México. <https://cronicaspsicoanaliticas.blogspot.com/2022/09/ser-habitar-pertenecer-transitoriedades.html>
- Castillo, D., Pena, E. y Pollak, G. (21 de octubre de 2023). *Ideas y testimonios de una escucha en movimiento*. Presentación en Panel Migraciones, Coloquio de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay: Psicoanálisis y Sociedad: Intolerancias - Desigualdades- Diferencias, Montevideo.
- Derrida, J. y Dufourmantelle, A. (2000). *La hospitalidad*. De la Flor.
- Fernández Soto, M., Grande, R., Bengochea, J. y Márquez Scotti, C. (2020). *Dinámicas familiares de las personas migrantes en la ciudad de Montevideo*. Unicef Uruguay. [https://bibliotecaunicef.uy/documentos/241\\_Dinamicas\\_familiares\\_migrantes\\_Montevideo.pdf](https://bibliotecaunicef.uy/documentos/241_Dinamicas_familiares_migrantes_Montevideo.pdf)
- Freud, S. (1986a). Análisis terminable e interminable. En J. L. Etcheverry (trad.) *Obras completas* (vol. 23). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1937).
- Freud, S. (1986b). Proyecto de psicología. En J. L. Etcheverry (trad.) *Obras completas* (vol. 1). Amorrortu. (Original de 1895).
- Freud, S. (1986c). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.) *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1988). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En J. L. Etcheverry (trad.) *Obras completas* (vol. 17). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1919 [1918]).
- Maberino, V. (1977). La casa: Escena de la fantasía. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 56, 105-118.
- Nicolussi, F. (1996). Reflexiones psicoanalíticas sobre la migración. *Revista de Psicoanálisis*, 53(1), 323-340.
- Organización Internacional para las Migraciones [OIM] (1 de octubre de 2023). *Sobre la migración*. <https://www.iom.int/es/sobre-la-migracion>
- Vispo, C. y Podruzny, M. (2002). Cambios de la estructuración psíquica en la migración. *Psicoanálisis*, 24(1-2), 217-232.
- Winnicott, D. W. (1974). Preocupación maternal primaria. En D. W. Winnicott, *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Laia. (Trabajo original publicado en 1956).
- Yousafzai, M. (2019). *Todas somos desplazadas*. Alianza.